

edad del mundo. Los primitivos pueblos ofrecían sacrificios á la divinidad sobre las cimas mas elevadas de los montes, en el magnífico templo de la naturaleza. Este acto de reconocimiento del Criador por la criatura, importaba la triple idea de gratitud, de súplica y de expiación. La primera familia humana, conservando fresca la memoria del grande infortunio del hombre, y del castigo á que fué condenado por su desobediencia él y su posteridad, no tenia mas recurso que humillarse en la presencia de Dios justamente indignado; y vislumbrando una esperanza de misericordia y de reparacion, regar con lágrimas un suelo ingrato al cual se consideraban arrojados como en un destierro; y manifestar por medio de humildes sacrificios el reconocimiento de su culpa, de su infelicidad, y del supremo dominio de Dios sobre sus criaturas, procurando que fuesen lo mas gratos posibles á los divinos ojos.

Los hijos de Adán y Eva, pues, ofrecían estos sacrificios. Sin embargo, no todos fueron igualmente aceptables para Dios. Abel, modelo de justicia y de rectitud de corazón, en cuanto puede serlo el hombre concebido en el pecado, ofreció primogénitos de sus ganados como pastor que era de ovejas. Cain, empero, que se ocupaba en la agricultura, hizo ofrendas de los frutos de la tierra. Mas como Dios lee en el corazón de los hombres, y se complace no en los dones de los miserables mortales, pues no necesita de ellos, sino en la pureza y la humildad con que se le ofrecen, vió las diversas disposiciones con que los dos hermanos le rendían aquel tributo ú homenaje de adoracion. Abel, penetrado de gratitud y de amor, ofreció á Dios *las primicias de sus rebaños*. Cain, empero, segun nos indica la Escritura, no ofreció precisamente de lo mejor, sino tan solo *de los frutos de la tierra*, dando á entender por esta circunstancia que la ofrenda de Cain ni era de lo mas precioso de lo suyo, ni iba acompañada de aquella fé y de aquel amor que hace meritorias nuestras ofrendas á los ojos del Señor. Pues aun cuando las dos ofrendas fuesen materialmente de un mismo precio, *por la fé presentó Abel á Dios mucho mas considerable ofrenda que Cain*, en expresion del Apóstol. El Señor, pues, no hizo

excepcion de personas, no atendió sino al corazón, que es el que dá valor á todas nuestras obras exteriores.

Aceptó Dios las ofrendas de Abel y no hizo caso de las de Cain. Es comun sentir de los Padres y expositores, que un fuego descendido prodigiosamente del cielo consumió el sacrificio de Abel, en muestra de aceptacion, mientras que el de Cain quedó sin que lo consumiese la celeste llama. Conoció Cain que su sacrificio no habia sido aceptado por Dios. La envidia, que empezaba á corroer su negro corazón, salió ya en su rostro. El ódio á su hermano devoraba ocultamente sus entrañas. Pálido y taciturno parecia abrigar en su seno la turbacion y las maquinaciones de un delito. El mismo Dios, no obstante, se digna hablarle; y aunque este desventurado sea hijo de un padre delincuente, parece que busca Dios como prevenir el negro proyecto que aquel amaga. ¿Por qué, le dice, estás enojado, y está demudado tu semblante? Ved con qué admirable prevision le reconviene ya de antemano, por si osa consumir el atentado que está meditando: “¿Acaso si obrares bien no serás recompensado, y si mal no tendrás siempre ante tus ojos el castigo de tu pecado? Mas de cualquier modo que sea, tu apetito ó tu concupiscencia estará á tu mandar, y tú la dominarás, si así lo quieres.” Hé aquí el libre arbitrio en el hombre, declarado por el mismo Dios, como si le dijera: Tus pasiones desordenadas, tu naturaleza corrompida pueden invitarte, provocarte al delito, pero no te pueden forzar á él. A pesar de sus sugestiones, si ellas te dominan, tú te dejarás dominar: tú serás siempre dueño de tí mismo. Estas palabras que Dios dirige á Cain merecen ser meditadas profundamente. El hombre, aun manchado con la culpa original, es todavía capaz de merecer por sí mismo, pero no por sus solas fuerzas naturales, y Dios es el que le promete las recompensas por el bien que hiciere. Todavía sus obras pueden ser agradables á los divinos ojos. Hijo de maldicion y de ira, esclavo de la culpa y de la muerte, ¿cómo hubiera podido merecer por sí mismo la menor recompensa sino por los méritos infinitos del futuro Reparador, prometido por Dios luego despues de la primera culpa,



por quien fueron salvos los primeros prevaricadores? El justo Abel era ya un símbolo del Redentor del mundo: su mansedumbre y su amor eran figura de la de Jesucristo, y su inmolacion cruenta por la envidia de un hermano figuraba aquel Cordero divino, víctima del odio y de la perfidia de los hombres.

“Salgamos á fuera.” Esta fué la voz de la alevosía. El hermano de Abel no puede ya contener la rabia que le devora. Busca la soledad del desierto para consumir la maldad que medita. ¿No ablanda su corazon de fiera la docilidad con que le obedece y le sigue su inocente hermano? Cain es aquí el primer modelo de la perfidia y del amago, es el tipo detestable de los falsos amigos y de los traidores. El universo dió un gemido en el momento en que el hombre delinquiró la primera vez, pero presto gemirá la tierra al recibir en su seno la primera víctima del crimen, el primer despojo de la muerte.

Estremece, á la verdad, el figurarse aquel primer grupo de la implacable venganza que fatigó al mundo por primera vez; un hermano meditando el dar la muerte ó el perder á su inculpable hermano, y en hacer el bárbaro sacrificio de la sangre del hombre á su rencor; á la satisfaccion atroz de su envidia y su orgullo, pasiones funestas de quienes ese primer idólatra del vicio habia hecho el dios de su corazon. El célebre Gesner, uno de los mas fecundos génios de Alemania, nos describe con el vivo colorido de la verosimilitud y del sentimiento el golpe fatal y alevoso que hizo caer á Abel. Derribado en tierra, palpitante y ensangrentado, Cain que tal vez no tenia aun idea de la muerte, le llamaria por su nombre. ¡Abel! Asombrado de verle pálido y postrado, recibiria quizá sus últimas miradas, miradas de perdon y de piedad. Al verle despues como un tronco inanimado, sin movimiento, sin vida, que nada respondió á sus clamores ¡qué horror, qué hielo mortal, qué horrible convulsion debia apoderarse del fratricida!

Así como el Señor llamó al confuso Adán despues de su delito, y le preguntó: ¿dónde estás? asimismo llama al asesino de Abel, y le dice: ¿En dónde está Abel, tu hermano? No se humilla por

esto la audacia del pérfido: y añadiendo á su crimen una imprecacion sacrílega, despues de haber dicho que no lo sabia, añade con altivo descaro. “¿Soy yo por ventura guarda de mi hermano?” ¡Pérfido! ¿no te basta haberle sacrificado: todavía osas insultar á ese mismo Dios que vió tu crimen nefando, y que ha de vengar á la inocencia? “¿Qué has hecho? replica el Señor, la voz de la sangre de tu hermano está clamando á mí desde la tierra.” Dios ofendido repite contra el criminal la terrible maldicion que dió á la serpiente. “Maldito, pues, serás desde ahora sobre la tierra, la cual ha abierto la boca y ha recibido de tus manos la sangre de tu hermano.” Y renueva tambien el Señor la sentencia fulminada contra el hombre. “Despues que la habrás labrado no te dará sus frutos: vivirás errante y fugitivo sobre ella.” Estremecido el traidor con tan terribles palabras, reconoce su delito, mas en vez del humilde arrepentimiento, se arroja de pronto á la desesperacion. Aterrado por su misma iniquidad, se considera con horror arrojado como un réprobo de la divina presencia, y llevando siempre consigo la imágen sangrienta de su hermano y los voraces remordimientos del infierno. La confesion de Cain fué, pues, de temor, no de amor. “Andaré errante y fugitivo por el mundo, y cualquiera que me hallare me matará.” La idea de la muerte y la conviccion de haberla merecido horroriza á Cain; ese cruel, ese bárbaro en el crimen tiembla con la idea de morir. La crueldad acostumbra ser la madre del temor. Sin embargo, la misericordia de Dios es inagotable. El Señor, tantas veces y tan vilmente ofendido por el hombre, no desampara al desdichado Cain. “No, le dice Dios, no será como tú dices.” Y amenaza al que lo matare con septuplicado castigo.

Dios echó en cara á Cain su delito. ¡Increpacion terrible en boca misma de la Divinidad! Mas no le abandona, no le deja en su desesperacion horrorosa; permite que expie su crimen con una vida prófuga y errante; y con este rasgo asombroso de misericordia, convida en la persona de Cain á todos los hombres culpados para que esperen en él, ántes de abandonarse desesperados á crímenes



mayores. Dios no perdona á Cain al momento despues de su delito, no es protector de un asesino, de un fratricida: consérvale la vida para que sea penitente sin prometerle la impunidad cuando no expie su crimen con la penitencia. La misma voz de clemencia y de perdon se ha prolongado por todas las generaciones de Adan, y se prolongará hasta el fin del mundo por los méritos de aquel, que en medio de los tiempos reconcilió la tierra con el cielo.

Green la mayor parte de los padres que la señal que puso Dios á Cain para que cualquiera que lo encontrase no le matara, fué un continuo temblor de todo su cuerpo, acompañado de un semblante atroz y horrible que daba á conocer la agitacion de su conciencia. Conturbado este criminal por su hecho desastroso, rodeado de fantasmas aterradoras, pareciéndole siempre ver la víctima que caía, y manos alzadas contra sí propio para vengar aquella, podia Cain expiar su delito, y no desesperó del perdon, en sentir de sábios intérpretes, que hacen interrogante aquella cláusula pronunciada por el fratricida despues de haber oido su condenacion por la boca de Dios. "*¿Es tan grande mi maldad que no merece perdon?*" Este mismo sentido le dan, segun Du-Clot, los comentadores hebreos.

Salido Cain de la presencia del Señor, prófugo en la tierra, habitó en el país que está al oriente del Eden. Las sagradas letras nos ocultan el fin de este fratricida. De todos modos la historia de su delito nos ofrece en todas sus circunstancias sérias é importantes reflexiones, que de paso hemos procurado indicar.

La muerte, pues, con este fratricidio, empieza á tomar posesion de su dominio sobre el hombre. El egoismo, los celos, la ambicion, todas las pasiones y todos los crímenes van á inundar el universo; los mas sagrados deberes, los sentimientos mas tiernos y los mas fuertes serán desconocidos y pisoteados. La efusion de sangre marca el origen de la primera sociedad, fundada no obstante bajo la mano inmediata de Dios, y con elementos que todo conspira á hermanar y mantener en armonía. ¿Qué será, pues, cuando las familias se desunirán alejándose de su cuna, y que las diversas

sociedades no serán mas que foco de multiplicados y opuestos intereses? La historia aparecerá entónces como una gran tragedia que la virtud casi siempre perseguida llenará con sus desgracias, y en la cual el vicio vendrá á menudo á expiar el escándalo de su audacia en las agitaciones y en las penas figuradas por la vida errante de Cain.

El Señor consoló el luto de Adan y de Eva, enviándoles un hijo en lugar del que acababan tan infelizmente de perder. Eva le dió el nombre de Seth, para significar que todas sus esperanzas estaban desde entónces fundadas en él; y en realidad fué justo como Abel, y su posteridad siguió los preceptos del Señor, miéntras que la de Cain marchaba por la senda trazada por su desdichado padre. Adan y Eva tuvieron aun muchos hijos y muchas hijas que se enlazaron en matrimonio, propagando así la especie humana, haciendo Dios que todos los hombres descendiesen de un mismo tronco, para que nunca jamás olvidasen, á pesar de la distancia de los tiempos y de los lugares, que son todos hermanos, y que la diversidad de intereses, de hábitos y de leyes no debía dividir á los que se hallan unidos por vínculo tan dulce como fuerte de un origen comun.

Adan vivió novecientos años. Atribúyese por lo general la longevidad de los primeros hombres á la fuerza de su temperamento, á las calidades naturales de los alimentos que sacaban de la tierra, jóven todavía, á la sencillez y frugalidad de su vida. Debe añadirse á esto que la Providencia queria gobernar al mundo con sabiduría, así como le habia criado por amor, y que entraba en sus eternos designios el conservar por largo tiempo los hombres, bien fuese para la rápida multiplicacion de la especie, ó bien para la instruccion de las nuevas razas; pues los patriarcas tenian numerosos hijos, y cargados ya de muchos siglos, parecian detenidos en el umbral de la tumba para dar testimonio á la historia de los antiguos dias á la faz de muchas generaciones reunidas.

En cuanto á Eva nada se sabe de fijo sobre la época en que murió, solo se conserva una opinion apoyada en muy antiguas tradi-



ciones que pasó sobre la tierra algunos años mas que Adan. Algunos escritores en particular, los que colocan el Eden en la Palestina, creen que nuestros primeros padres fueron enterrados sobre la montaña del Calvario, cerca de la cual, se extiende, como es sabido, el valle de Josafat, en donde las almas vendrán á asistir á su postrer juicio. ¿No habria quizá en realidad para las cosas, así como para las personas, sus destinos reservados? ¿Y no sería conveniente que este drama solemne que se llama la vida de la humanidad, y que llenará por la unidad de la accion la série entera de los siglos, presentase en un lugar mismo las tres grandes escenas de que se compone, á saber, la caída, la redencion y el juicio?

La tierra está llena del nombre y de las desgracias de Eva, nuestra madre comun. Estas desgracias, unidas á los grandes sucesos que acabamos de describir, se hallan consignadas mas ó ménos distintamente en las cosmogonías y relatos históricos de los pueblos antiguos, y en las tradiciones desfiguradas de hordas idólatras y salvajes que habitan el Nuevo-Mundo en el tiempo de su conquista. Segun los indios, los persas, la mayor parte de las naciones del antiguo Oriente, los natchez y los mexicanos, el hombre fué criado puro, y despues se alteró su naturaleza, y todos los infortunios que le sobrevinieron derivan de la credulidad de la mujer engañada por el dragon.

La poesía cristiana ha revestido con las pompas de su lenguaje los sucesos memorables que fijaron la suerte de la humanidad. El Tasso ha cantado los siete dias de la Creacion: Vida, Sannazaro y otros no tan célebres han pintado con graciosos colores algunas de las escenas del jardin de las delicias. El delicado Gesner ha delineado en preciosos cuadros de fantasía poética, la tragedia sangrienta de los dos primeros hermanos, trazando, para disminuir la acerbidad del desenlace, los amores fraternales de Cain y de Abel con toda la candidez encantadora de los primeros dias. Pero sobre todo, el cantor de Eden por excelencia, el inmortal Milton, de quien hemos presentado ya algun fragmento, descuella en este

género tan fecundo como difícil. El *Paraiso perdido* es la gran *Iliada* del cristianismo; es el astro del génio del hombre que resplandece en los modernos dias como un reflejo brillante de los dias primeros del mundo, y tan superior al cantor de Aquiles como la historia de la humanidad es superior á la historia de un solo pueblo, y como la figura eterna de Dios es mayor que la débil imagen del hombre. Fuerza poderosa de invencion, profusion brillante de imágenes, riqueza esquisita de colorido, superan en mucho á las faltas que la severidad literaria se ha creído con derecho de inculpar á esta sábia y sublime composicion. Eva inocente aparece cubierta de una dulce magestad, ornada de gracias y de nobleza: Eva culpable se vuelve tímida y medrosa, y aunque usa de astucia en sus palabras, queda poderosa por sus lágrimas; y Dios le ha dejado en su caída algunos reflejos de su primera gloria, que la rodean de un respeto mezclado de terror, como una guarda celeste.

Las bellas artes han prevenido ó imitado la poesía. El dibujo, la pintura y la escultura, trazaron varias veces y felizmente los principales pasajes de la creacion, y particularmente la historia de nuestra primera madre. Las catacumbas, la capilla Sixtiana, el Vaticano, las puertas del bautisterio de Florencia, el cementerio de Pisa, las fachadas y las vidrieras de nuestras antiguas iglesias, las Biblias y los misales góticos, reproducen algun paso de la vida de Eva, su creacion, su tentacion, su caída y su penitencia. Angélico de Fiesole, Ghiberti, Nicolas de Pisa, Cimabue, Miguel Angel, Rafael, Murillo, pintores ó escultores han descrito sobre telas inmortales ó gravado sobre la piedra los goces y las desgracias del Eden, ó la imagen de nuestra primera madre. Entre todas estas admirables maravillas del arte cristiano, debe colocarse en primer lugar por la composicion, propiedad y bella expresion de las testas el tan conocido cuadro de Dominiquino. En él se vé á Dios que arrostra al hombre su desobediencia, Adan que acusa su mujer, y Eva que rechaza la falta sobre la serpiente. Esta triple actitud está expresada con el mas esquisito sentimiento, y el espectador participa involuntariamente de la ansiedad de nuestros progenito-



res que aguardan de la boca de su gran Juez la sentencia merecida. Con todo, la justicia del Juez no borra la misericordia, y échase de ver que habrá simultáneamente dos caminos para llegar al cielo, la inocencia y el arrepentimiento.

Como desde Eva no se ofrece hacer mencion especial de mujer alguna hasta las mujeres de los patriarcas postdiluvianos, nos ha parecido de algun interes, atendido el carácter de estas lecturas, dar una sucinta idea del grado de corrupcion á que llegó el mundo antediluviano, ántes de trasportarnos con placer á las sagradas y respetables tiendas de los grandes descendientes de Noé, llamados por Dios para progenitores del famoso y predilecto pueblo, á quien escogió para teatro de sus maravillas y bendiciones.

Pocos datos nos han quedado, fuera de lo consignado en los sagrados libros, sobre la época que trascurrió desde la creacion hasta la gran catástrofe que, reduciendo á la nada casi todos los séres animados del globo, preparó como una segunda creacion en la única familia que por providencia especial de Dios pudo sobrevivir á la submersion del mundo. En los quince ó diez y seis siglos que trascurrieron, segun los cómputos mas admitidos, desde la creacion al diluvio, la naturaleza jóven y ufanosa se mostraria con toda la lozana fecundidad que á sus primeros periodos convenia, tanto en el sustento y regalo de sus frutos y flores, como en el vigor y corpulencia de todos los séres vivientes, entre los cuales descollar debia el hombre como rey, aunque decaido, de la creacion. Segun el sentir de algunos santos Padres, la propagacion desarrollábase asombrosa, tanto por la longevidad de los propagadores como por la fecundidad de las madres, produciendo muchos fetos en un solo parto. Numerosa, pues, y casi innumerable debia ser la poblacion que, derramándose por el globo, y extraviándose en sus caminos hasta llegar á corromperlos, hizo arrancar de Dios aquel gemido de dolor, hablando en lo humano, que en el lenguaje del historiador sagrado le hace llegar hasta arrepentirse de haber criado al hombre. Viciada toda carne por la culpa del primer padre, fuente inagotable de todas las calamidades y miserias,

una atmósfera de crímenes debía cubrir la tierra como un diluvio, mas terrible que el que se desplomó despues de las cataratas del cielo. Llegó el hombre embrutecido á desconocer la ley sagrada de la naturaleza pura, hundióse en un abismo de degradacion y de infamia, dejándose arrebatado por los impulsos de esta naturaleza corrompida. Esclavo vil de propensiones brutales, hacia servir su robustez y larga vida, y la fuerza de un temperamento henchido, por decirlo así, por la saludable nutricion y succulencia de los manjares que la tierra producía espontánea, á la satisfaccion desenfadada de sus apetitos. Entregóse, pues, á toda la perversidad de sus instintos dejándose encadenar por el deleite; y no por turbacion del pensamiento ni por imbecilidad del querer sino por deliberada malicia efecto de su depravada costumbre, se entregó á sabiendas y sin pudor, hollando todo respeto á Dios y á los hombres: hambriento de gozar, precipitóse hasta la maldad del bruto y descendió aun mas allá. Viendo Dios que habia mucha malicia en la tierra, dice el texto sagrado, y que todos los pensamientos del corazon eran dirigidos al mal, se arrepintió por haber hecho al hombre en la tierra; y precaviendo para lo futuro, y conmovido de dolor en lo mas hondo de su corazon, "borraré, dijo, al hombre que he criado, de la faz de la tierra, desde el hombre hasta los animales; desde el reptil hasta las aves del cielo, pues me arrepiento de haberlos criado."

¿Qué mejor prueba de que la malicia del hombre no se hallaba circunscrita á esta ó aquella region, sino extendida por toda la faz de la tierra que no era de un solo género sino vária y universal; que abrazaba toda especie de maldades, y en un alto grado y al punto mas culminante de degradacion y embrutecimiento á que podia llegar, *malitia completa et consummata*, como dice la Escritura? Todos los afanes del corazon tendian á la adoracion ciega de los ídolos del placer y de la carne. Pues si bien en Dios no cabe ira, dolor ni arrepentimiento, con todo, el sagrado historiador acomodó al humano lenguaje los altos designios de Dios sobre sus criaturas, para expresar con toda la energía posible la acerbidad de las iniquidades humanas y la ofensa infinita que daban á Dios, el que á pesar de la inmutabilidad esencial de su naturaleza, se vió en cierto modo provocado por la perversidad del mundo á descargar sobre él todo el peso de su justa indignacion.

Prescindiremos de mentar la mudanza y las alteraciones que sufrió la superficie del globo por la inundacion universal; y desechar-



do por absurda y temeraria la opinión de que ántes del diluvio la tierra no era mas que una dilatada llanura, pues está en contradicción con lo que nos dice la Escritura acerca haber subido las aguas quince codos sobre los montes mas encumbrados, y haber reposado el Arca sobre el monte Ararat; no puede ocurrir duda de que ántes del diluvio existian ya pueblos y ciudades en mas ó ménos extension y número, pues sobre ser indispensables los albergues para tanta multitud de hombres como poblaban la tierra despues de diez y seis siglos de propagarse, sabemos que la primera ciudad fué *Enoch*, construida por Cain, habiéndose borrado con el diluvio el nombre y la memoria de las demas. Lo mismo persuade el estado floreciente en que debian hallarse entónces las ciencias y las artes, ya por la ciencia infusa que debemos suponer en el primer hombre y comunicada á sus inmediatos descendientes, ya porque de los cuatro primeros libros del Génesis se desprende que los hombres se hallaban ya instruidos en la naturaleza de los elementos, en el modo de sacar de la tierra y fundir los metales, prepararlos y modificarlos; en el arte arquitectónico, y aun en las artes del cálculo y del placer, como las matemáticas y la música.

Por el antiguo libro de Enoch, aunque apócrifo, con todo, escrito por una tradicion antiquísima, y muy conforme con los fragmentos que del verdadero y profético libro de Enoch nos han dejado los Santos Padres, consta entre otras cosas el descenso de los hijos de Dios á las hijas de los hombres, de los gigantes producidos por el coito de los ángeles.

Así habla de los gigantes el sagrado texto: *Gigantes autem erant super terram in diebus illis; postquam autem ingressi essent filii Dei ad filias hominum, illaeque genuerunt, illi sunt potentes á saeculo viri famosi.* Asegura, pues, el texto sagrado que habia gigantes nacidos de los hijos de Dios, en la inteligencia de cuyas palabras no están de acuerdo los intérpretes. Quieren algunos, que nacieron de la union entre los hijos de Seth y de Cain. Era, pues, Seth progenie de Adán legítima y fiel á su Dios, por cuyo motivo aseguran que fueron llamados sus descendientes hijos de Dios, al paso que la progenie de Cain quedó degenerada y maldita. Por dónde pretenden estos intérpretes que los gigantes fueron producidos por cópula entre buenos y malos, y de este parecer es el águila de Hipona San Agustín. Otros, empero, por hijos de Dios, no entienden hombres sino espíritus ó ángeles, que acer-

cándose á las hijas de los hombres, por un prodigioso concubito engendraron los monstruos gigantescos, como así lo enseñan los rabinos, y se deduce del libro apócrifo de Enoch; bien que semejante opinión es desechada y rebatida como absurda por casi todos los intérpretes mas sensatos de las sagradas letras. La opinion mas verdadera, esto es, la mezcla de la progenie de Seth con la inicua estirpe de Cain es profesada por Cirilo, Josefo, San Agustín, San Jerónimo, y entre los modernos por Pereiro. Cornelio con otros muchos deducen de las mismas sagradas letras, que en este lugar los gigantes son llamados así no tanto por su insólita é increíble corpulencia y grandor, sino por su soberbia, por su fortaleza y por su inhumanidad, pues se hicieron famosos por su corpulencia, por su robustez, por su saber, por su poder y por su fortaleza en los combates, que era sobrehumana; siendo terribles asimismo por su fiereza, y formidables por su crueldad, por cuyos crímenes quiso Dios destruir el mundo con el diluvio. Refiere Beroso Aniano que su ciudad ó residencia era junto al monte Líbano, cuyos cedros colosales guardaban analogía con aquella raza gigantesca; bien que es muy verosímil que no todos los hombres de aquella época fuesen de tan vastas dimensiones, sino que habia de todas como en el dia, y es absolutamente inverosímil que fuesen del grandor que suponen los poetas y mitólogos antiguos, haciéndoles poner montes sobre montes para escalar el cielo y destruir al mismo Jove. Añaden los visionarios rabinos que tenian cien codos de altura, apareciendo como torres de carne. Imposible parece que tales especies hayan pasado por humano entendimiento. ¿Dónde están los restos de las casas que debieron edificar para su guarida? ¿Qué frutos de la tierra hubieran bastado para alimentarles? ¿qué bosques hubieran sido suficientes para darles báculos y palos? ¿Dónde estarian las mujeres igualmente corpulentas y colosales para formar progenie? Aun es mas absurdo lo que Adereso añade, diciendo que tales gigantes eran Noé y su familia, cuando se deduce del mismo sagrado texto que si el arca no tenia sino treinta codos de elevacion, mal podria contener personas que la excediesen de 70 codos. Además cuán presto hubieran consumido tales personas el alimento que por espacio de un año entero bastó para sustentar á todos los animales que en el Arca se albergaban. Los mismos ó peores absurdos refieren los árabes del gigante Og, rey de Basan, en su Historia Sarracénica, suponiendo que Noé, perseguido por Og, se escondia para librarse de él en las cavernas de



los montes, en donde Og no podía penetrar por la inmensa mole de su cuerpo, y que irritado de no poder alcanzarle, arrojó tras él los pelos de su barba que se convirtieron en altísimos cedros que formaban vastas y espesas selvas de cuyos troncos formó después Noé su Arca. Añade que las aguas del diluvio en su mayor elevación llegaban á las rodillas del gigante; que éste cazaba las ballenas tragándose las de un solo sorbo, y otras insulsas sandeces que se leen en el tomo II del *Mundo subterráneo*. Mas como en el libro de Enoch se habla de estos gigantes y de sus padres, llamándoles con una voz griega que significa *Vijiles*, algunos expositores entienden por ellos los ángeles malos que tenían comercio con las hijas de los hombres; bien que San Agustín, entre otros padres, aunque reconoce que Enoch tuvo algunas revelaciones, condena sin embargo por apócrifas muchas de las especies que en su libro se refieren. Y este comercio de los ángeles malos ó demonios con las hijas de los hombres, repugna á mas con el sentido comun y con el sentir de casi todos los Santos Padres é intérpretes; conviniendo éstos en que bajo este comercio monstruoso quiere significar el horroroso desenfreno y las uniones infames con que los hombres y en especial la maldita estirpe de Cain llenaban la corrompida tierra, atendido el extremo abominable á que habían llegado los crímenes de las mujeres.

FIN DE LA OBRA.





